

## **INFORME DE BORDIGA SOBRE EL FASCISMO. IV CONGRESO DE LA I.C.**

---

12ª sesión, 16 de noviembre de 1922.

Estimados camaradas, desgraciadamente nuestra delegación no ha podido ponerse en contacto con el partido en Italia, y por tanto no disponemos de toda la información sobre los últimos sucesos.

Anoche llegó a Moscú el delegado de la Central de nuestro Partido y nos ha dado información sobre cómo perciben los camaradas italianos estos últimos acontecimientos fascistas.

Por otra parte, también debo tratar la cuestión que comentó ayer el camarada Radek en su discurso, acerca de la posición del Partido Comunista respecto al fascismo.

El camarada ha criticado la actitud de nuestro Partido hacia el fascismo, que es la cuestión política dominante en Italia. Criticó nuestro punto de vista, nuestro supuesto punto de vista, que parece ser que consiste en querer un partido pequeño y considerar todas las cuestiones únicamente desde la perspectiva de la organización del Partido y su papel inmediato, sin tener en cuenta las grandes cuestiones políticas.

Examinemos el origen del movimiento fascista.

El origen, por así decir, inmediato y exterior del fascismo, se remonta a los años 1914-15, o sea, la época que precede a la entrada de Italia en la guerra mundial. Los grupos que pedían la intervención, y que estaban representados por diversas tendencias políticas, fueron su primera manifestación. Estos incluían un grupo de derecha, con los que estaba Salandra<sup>1</sup>, es decir, los grandes industriales interesados en la guerra y que más que pedir la intervención junto a la Entente la pedían contra ella. Por otro lado, también estaban representadas las tendencias burguesas de izquierda: los radicales italianos, es decir, los demócratas de izquierda, y los republicanos, partidarios tradicionales de la liberación de Trento y de Trieste. En tercer lugar, también había algunos elementos del movimiento proletario, sindicalistas-revolucionarios y anarquistas. A estos grupos también pertenecía (es cierto que se trata de un caso individual, pero de singular importancia) el jefe del ala izquierda del Partido Socialista y director de *Avanti!*: Mussolini.

Se puede decir, *a grosso modo*, que el segundo grupo no participó en el movimiento fascista y permaneció en el marco tradicional de la política burguesa. Los grupos de extrema derecha y de extrema izquierda (ex anarquistas, ex sindicalistas y ex sindicalistas-revolucionarios), en cambio, permanecieron en el movimiento de los *fasci di combattimento*. Aquellos grupos políticos lograron una gran victoria en mayo de 1915, imponiendo la entrada de Italia en la guerra en contra de la voluntad mayoritaria del país e incluso del Parlamento, quienes no supieron oponerse a este imprevisto abuso de autoridad. Pero tras la guerra e incluso durante el conflicto, su influencia fue disminuyendo. Al haber presentado la guerra como una empresa facilísima, cuando se vio que esta iba para largo perdieron toda su popularidad, que por otra parte nunca fue grande. Al finalizar la guerra su influencia era prácticamente nula.

Durante y después del periodo de movilización, hacia finales de 1918, durante 1919 y la primera mitad de 1920, esta tendencia política carecía de peso en medio del descontento general que provocaron las consecuencias del conflicto, pero es fácil establecer el lazo político y orgánico que existe entre este movimiento a la sazón prácticamente desaparecido y el que se desarrolla hoy ante nuestros ojos con tanta energía.

Los grupos fascistas de combate nunca dejaron de existir. El jefe del movimiento fascista siempre fue Mussolini, y su órgano *Il Popolo d'Italia*. En las elecciones de finales de octubre de 1919, los fascistas fueron

---

<sup>1</sup> Político conservador italiano, primer ministro entre 1914 y 1916.

completamente derrotados en Milán, donde se publicaba su diario y residía su jefe. Sólo lograron una ínfima cantidad de votos, pero eso no les llevo a abandonar su actividad.

La corriente revolucionaria socialista del proletariado se había fortalecido considerablemente tras la guerra gracias al entusiasmo revolucionario que embargaba a las masas, pero no logró explotar esta situación favorable y posteriormente perdió parte de su influencia porque los factores objetivos y subjetivos favorables al fortalecimiento de la organización revolucionaria no hallaron a un partido capaz de apoyarse en ellos y formar una organización estable. Con esto no quiero decir, como ha dicho estos días el camarada Zinoviev, que el Partido Socialista podría haber hecho la revolución. Pero sí que podría haber proporcionado a las fuerzas revolucionarias de las masas obreras una organización sólida. Desgraciadamente, no estuvo a la altura de los acontecimientos. Por lo tanto, la tendencia socialista, que siempre se había opuesto a la guerra, perdió popularidad en Italia.

En el contexto de la crisis de la sociedad italiana, a medida que el movimiento socialista cometía error tras error, el movimiento opuesto —el fascismo— empezó a reforzarse, particularmente explotando la crisis económica que ya se anunciaba y cuya influencia empezaba a hacerse sentir en las organizaciones sindicales del proletariado. Por otra parte, en el momento más difícil, el movimiento fascista halló un apoyo en la expedición de D'Annunzio a Fiume, de la que sacó una cierta fuerza moral; en esta época se inicia su organización y su fuerza armada, aunque el movimiento de D'Annunzio y el fascismo sean cosas distintas.

Hemos hablado de la actitud del movimiento socialista proletario: la Internacional a menudo criticó sus errores. Como consecuencia de estos se produjo un cambio en el estado de ánimo de la burguesía y de otras clases. El proletariado estaba desorientado y desmoralizado. Cuando vio que la victoria se le escapaba su estado de ánimo cambió profundamente. Podemos decir que en 1919 y en la primera mitad de 1920, la burguesía italiana en cierta medida se había resignado a la victoria de la revolución. La clase media y la pequeña burguesía tendían a mantenerse pasivas, no permanecían a remolque de la gran burguesía, sino del proletariado, que pensaban que estaba en las vísperas de su victoria. Luego, este estado de ánimo se modificó radicalmente. En lugar de asistir a la victoria del proletariado, hemos visto como la burguesía logró organizar su defensa. Cuando la clase media constató que el Partido Socialista era incapaz de sacar provecho a la situación, perdió poco a poco su confianza en el proletariado y se giró hacia la clase opuesta. En ese momento dio comienzo la ofensiva capitalista y burguesa. Esencialmente se dedicó a sacar provecho al nuevo estado de ánimo de la clase media. Gracias a su composición, extremadamente heterogénea, el fascismo representaba una solución al problema de la movilización de las clases medias a favor de la ofensiva capitalista. El ejemplo italiano es un ejemplo clásico de ofensiva capitalista. Como dijo ayer en esta tribuna el camarada Radek, esta ofensiva es un fenómeno complejo que no sólo hay que estudiar desde el punto de vista de la reducción de salarios y la prolongación de la jornada de trabajo, sino también desde el ángulo de la acción política y militar de la burguesía contra la clase obrera. En Italia, durante el periodo de desarrollo del fascismo, hemos visto todas las formas típicas de la ofensiva capitalista. Si queremos estudiar esto en su conjunto, debemos examinar las líneas generales de la situación, tanto en el terreno de la industria como en el de la agricultura.

En la industria, la ofensiva capitalista explotó directamente la situación económica, la crisis comercial, y con ella, el paro. Los patronos se vieron obligados a despedir a una parte de los obreros, lo que les fue bastante fácil gracias a la cobardía de las direcciones sindicales y maximalistas. La crisis industrial les sirvió de pretexto para bajar los salarios y revisar las concesiones morales que se habían visto obligados a otorgar a los obreros de sus empresas. La Confederación General de la Industria, organización patronal que se creó al inicio de la crisis, dirigió la lucha, poniendo bajo su mando a todas las ramas de la industria. En las grandes ciudades no fue posible recurrir inmediatamente a los métodos violentos contra la clase obrera. Los obreros urbanos eran una masa demasiado considerable para que eso fuera posible. Era relativamente fácil unirlos y podían oponer seria resistencia a los ataques. La burguesía prefería imponer al proletariado luchas de carácter esencialmente sindical, cuyos resultados generalmente eran desfavorables para el proletariado debido a la agudeza de la crisis y al continuo aumento del paro. La única posibilidad de conducir

victoriosamente las luchas económicas que estallaban en la industria habría sido trasladar la acción del terreno sindical al terreno revolucionario y ejercer una dictadura de verdadero partido comunista. Pero el Partido Socialista Italiano no era ese partido, y en el momento decisivo no supo trasladar la acción del proletariado al terreno revolucionario. El periodo de grandes éxitos de las organizaciones sindicales italianas en su lucha por mejorar las condiciones de trabajo dio lugar a un nuevo periodo en el que las huelgas tomaron un carácter defensivo y los sindicatos sufrían derrota tras derrota.

Como en Italia las clases rurales tienen gran importancia en el movimiento revolucionario –sobre todo los jornaleros agrícolas, pero también los estratos semi-proletarizados–, las clases dominantes se vieron obligadas a combatir la influencia que las organizaciones rojas habían conquistado en el campo. La situación que se presentaba en una gran parte de Italia, incluida la más importante, es decir, el valle del Po, se asemejaba a una especie de dictadura local del proletariado, o al menos de los jornaleros agrícolas. En esta zona, hasta finales de 1920, el Partido Socialista había conquistado numerosos municipios, que practicaron una política fiscal local desfavorable para la burguesía media y rural. Gozábamos de unas florecientes organizaciones sindicales, importantes cooperativas y numerosas secciones del Partido Socialista. Incluso allí donde el movimiento estaba en manos de los reformistas, la clase obrera del campo tenía una actitud revolucionaria. Obligaba a los patronos a abonar una cierta cantidad a sus organizaciones para garantizar en cierta medida que se someterían a los contratos impuestos por la lucha sindical. Se fue delineando una situación en la que la burguesía rural ya no podía vivir en el campo y se veía obligada a retirarse a las ciudades.

Desgraciadamente, los socialistas italianos cometieron errores, particularmente en la cuestión de la apropiación de suelo y la tendencia de los pequeños arrendatarios a comprar tierras tras la guerra para convertirse en pequeños propietarios. Las organizaciones reformistas obligaron a estos pequeños colonos a permanecer, por así decirlo, caudatarios del movimiento de los obreros agrícolas; en estas circunstancias, el movimiento fascista encontró en ellos un notable apoyo.

En la agricultura la crisis no derivó en un alto desempleo que permitiese a los terratenientes lanzar una contraofensiva victoriosa en el terreno de la lucha sindical. Por ello en este sector el fascismo empezó a desarrollarse y a aplicar el método de la violencia física, de la violencia armada, apoyándose en la clase de propietarios de tierras y explotando el descontento suscitado en las capas medias de la clase campesina por los errores organizativos del Partido Socialista y los sindicatos reformistas, y por supuesto explotando también la situación general, es decir, el malestar y la insatisfacción creciente de todas las capas pequeño-burguesas, de los pequeños comerciantes, de los pequeños propietarios, de los militares licenciados, de los ex oficiales que, tras el papel que habían desempeñado durante la guerra, no estaban a gusto en su nueva posición. Todos estos elementos fueron aprovechados y, al organizarles, encuadrándolos en formaciones armadas, surgió un movimiento cuyo objetivo era destruir las organizaciones rojas en el campo.

El método que ha empleado el fascismo no puede ser más típico. Logró que todos los desmovilizados, que tras la guerra ya no eran nada, encontraran un lugar en la sociedad; sacó provecho de su experiencia militar y empezó a formar grupos armados no en las grandes ciudades industriales, sino en las capitales de las provincias agrícolas, como Bolonia y Florencia; para estos fines, encontró apoyo en las autoridades legales, como veremos. Los fascistas disponen de armas y de medios de transporte; disfrutan de inmunidad ante la ley y explotan estas ventajas incluso allí donde sus efectivos son aún inferiores a los de sus enemigos, los revolucionarios. Organizan sobre todo lo que llaman “expediciones punitivas”, y proceden de esta forma: invaden un pequeño territorio, destruyen las principales sedes de las organizaciones obreras, obligan por la fuerza a que dimitan los consejos municipales, hieren y si hace falta matan a los dirigentes adversarios o, en el mejor de los casos, les obligan a emigrar. Los trabajadores de dichas localidades no están en condiciones de oponer resistencia a estas tropas armadas apoyadas por la policía y diseminadas por todo el país. Los grupos fascistas locales, que al principio no se atrevían a hacer frente a las fuerzas proletarias, ahora les sacan ventaja, porque los campesinos y los obreros están aterrorizados y saben que si osan

emprender cualquier acción contra ellos los fascistas harían otra expedición punitiva con fuerzas superiores, a las que sería imposible hacer frente.

Tal es así que el fascismo ha conquistado una posición predominante en la política italiana y ha proseguido su camino territorialmente, por así decirlo, siguiendo un plan que es muy fácil de ver en un mapa. Su punto de partida fue Bolonia, donde en septiembre y octubre de 1920 se instaló una administración socialista que dio lugar a una gran movilización de fuerzas rojas. Se produjeron algunos incidentes: las provocaciones enturbiaron las reuniones; hubo disparos —quizá de agentes provocadores— sobre la bancada de la minoría burguesa. Esta fue la excusa para el primer golpe de mano fascista. Una vez desencadenada, la reacción procedió a destruir e incendiar, así como a asaltar a los dirigentes proletarios. Con la ayuda del poder del Estado, los fascistas se apoderaron de la ciudad. Estos sucesos —el histórico 21 de noviembre— señalan el inicio del terror. El consejo municipal de Bolonia no pudo recuperar el poder.

A partir de Bolonia el fascismo prosiguió una ofensiva que aquí no podemos detallar. Nos limitaremos a decir que tomó dos direcciones: por una parte hacia el triángulo industrial del noroeste (Milán, Turín y Génova) y por otra hacia la Toscana y el centro de Italia, para rodear y amenazar la capital. Desde el inicio, estaba claro que en el sur de Italia no podía surgir un movimiento fascista, por las mismas razones que han impedido que surja allí un fuerte movimiento socialista. El fascismo no representa un movimiento de la fracción retrógrada de la burguesía, y eso lo demuestra perfectamente el hecho de que, cuando apareció por primera vez, no lo hizo en la Italia meridional, sino justamente donde el movimiento proletario estaba más desarrollado y donde la lucha de clases se manifestaba con más claridad.

\*\*\*

Partiendo de estos hechos, ¿cómo debemos explicar el movimiento fascista? ¿Es un movimiento puramente agrario? En absoluto, aunque hayamos afirmado que el movimiento surgiese esencialmente en el campo. No se puede considerar el fascismo como un movimiento independiente de una fracción particular de la burguesía, como expresión de los intereses de la burguesía terrateniente frente a los de la burguesía industrial. Incluso en aquellas provincias en las que su actividad se ha limitado al campo, la organización política y militar del fascismo surge en las grandes ciudades.

Cuando el fascismo obtuvo representación parlamentaria en las elecciones de 1921, el partido agrario que se formó en las Cortes era independiente de él. En el trascurso de los acontecimientos que sobrevinieron luego, los industriales terminaron apoyando al movimiento fascista. La declaración en la que la Confederación General de Industria se pronunciaba a favor de Mussolini para formar un nuevo gobierno caracteriza la situación que se ha creado últimamente, aunque a este respecto la formación de un movimiento sindical fascista es aún más interesante. Como ya hemos señalado, los fascistas aprovecharon el hecho de que el Partido Socialista nunca había tenido programa agrario propio y habían abandonado a ciertas capas rurales que no pertenecían directamente al proletariado y que tenían intereses distintos a los que representaban los socialistas. El fascismo empleaba la violencia más salvaje (estaba obligado a ello), pero también sabía hacer la más cínica demagogia, y creó organizaciones de clase con los campesinos e incluso con los jornaleros agrícolas, llegando incluso a posicionarse en cierta medida contra de los grandes propietarios. Tal es así que hemos visto ejemplos de luchas sindicales dirigidas por los fascistas que se asemejan mucho a las de las organizaciones rojas. Por supuesto, no podemos considerar este movimiento, que ha creado una organización sindical a través de la coacción y el terror, como una forma de lucha anti-patronal, pero tampoco podemos llegar a la conclusión de que es un movimiento de los empresarios rurales. La verdad es que el movimiento fascista es un gran movimiento unitario de la clase dominante capaz de poner a su servicio, de emplear y explotar todos los medios, todos los intereses parciales y locales de los grupos patronales, tanto agrícolas como industriales.

Como el proletariado no ha sabido agruparse en el momento oportuno en una organización unitaria capaz de luchar por el poder y sacrificar sus intereses inmediatos y parciales a este objetivo, la burguesía ha

aprovechado para hacer su propio intento. Siguiendo un plan unitario de ofensiva anti-proletaria, la clase dominante se ha dotado de una organización para defender el poder que tiene en sus manos.

El fascismo ha creado una organización sindical. ¿Cuál es su objetivo? ¿Dirigir la lucha de clases? Jamás en la vida. Ha creado un movimiento sindical en base a la esta consigna: todos los intereses económicos tienen derecho a sindicarse. Los obreros, los campesinos, los comerciantes, los capitalistas, los grandes terratenientes, etc..., todos pueden unirse, todos pueden organizarse sobre la base de un mismo principio, pero la actividad sindical de todas estas organizaciones debe subordinarse al interés nacional, a la producción nacional, a la grandeza nacional, etc.... Se trata, por tanto, de un sindicalismo de colaboración de clases, no de lucha de clases. Todos los intereses supuestamente se funden en una pretendida unidad nacional. Y ya sabemos lo que significa esta unidad: la conservación contrarrevolucionaria del Estado burgués y sus instituciones.

Para nosotros, la génesis del fascismo se debe a tres factores principalmente: el Estado, la gran burguesía y las clases medias. En Italia, el aparato estatal ha jugado un importante papel en la formación del fascismo. Desde luego, la sucesivas crisis del gobierno burgués han difundido la idea de que la burguesía tiene un aparato estatal tan inestable que basta un golpe para que caiga, pero esto no es cierto. De hecho, precisamente es el fortalecimiento del Estado el que permite a la burguesía construir su organización fascista.

Es cierto que en la inmediata posguerra el aparato estatal atravesó una crisis cuya causa manifiesta fue la desmovilización. Aquellos elementos que hasta entonces participaban en la guerra fueron lanzados al mercado de trabajo; en este momento crítico, el aparato estatal, que hasta entonces había hecho todo lo posible por lograr la victoria frente al enemigo exterior, tuvo que transformarse en un órgano de defensa frente a la revolución. Esto planteaba a la burguesía un gigantesco problema, que no podía resolverse militarmente mediante la lucha abierta contra el proletariado: por tanto debía emplear medios políticos. En esta época se formaron los primeros gobiernos de izquierda de posguerra, cuando la corriente política de Giolitti y Nitti accedió al poder.

Fue precisamente esta política la que le permitió al fascismo asegurarse luego la victoria. Al principio se trataba de hacer concesiones al proletariado. En el momento que el aparato estatal sintió que debía consolidarse, apareció el fascismo. Cuando el fascismo critica los gobiernos de izquierda de posguerra y les acusa de cobardía ante los revolucionarios, hace pura demagogia. En realidad los fascistas deben su victoria a las concesiones que hicieron los primeros ministros demócratas de la posguerra. Nitti y Giolitti hicieron concesiones a la clase obrera. Algunas reivindicaciones del Partido Socialista, como la desmovilización, el régimen político y la amnistía para los desertores, se hicieron realidad. El objetivo de estas distintas concesiones era ganar tiempo para reconstruir el aparato estatal sobre unas bases más sólidas. Nitti creó la Guardia Real, que hablando con propiedad no era un cuerpo de policía, sino una organización militar de carácter nuevo. Uno de los grandes errores de los reformistas fue que no consideraron este problema como algo fundamental, cuando incluso desde un punto de vista puramente constitucional habrían podido protestar contra la creación de un segundo ejército por parte del Estado. Pero no comprendieron la importancia de la cuestión y vieron en Nitti a un hombre con el que se podía colaborar en un gobierno de izquierda. Esto es una muestra más de la incapacidad del P.S.I. para entender la evolución política en Italia.

Giolitti completó la obra de Nitti. Bajo su ministerio, el ministro de la Guerra Bonomi dio su apoyo a los primeros intentos fascistas, poniendo a disposición del movimiento naciente a los oficiales desmovilizados que, incluso tras su vuelta a la vida civil, continuaban recibiendo la mayor parte de su sueldo. El aparato estatal se puso ampliamente a disposición de los fascistas y les suministró el material que necesitaban para formar un ejército.

Cuando se ocuparon las fábricas<sup>2</sup>, el ministro Giolitti comprendió muy bien que, dado que el proletariado armado se había apoderado de las fábricas y que, en su impulso revolucionario, el proletariado agrícola estaba a punto de hacerse con la tierra, habría sido un gran error aceptar la batalla antes de que las fuerzas contrarrevolucionarias estuvieran completamente organizadas. Para reagrupar las fuerzas contrarrevolucionarias destinadas a aplastar un día al movimiento obrero, el gobierno explotó la maniobra de los jefes traidores de la C.G.T., que entonces eran miembros del movimiento socialista. Prometiendo una ley sobre el control obrero que nunca se llegó a aplicar ni a votarse, el gobierno logró salvar al Estado burgués de esta crítica situación.

El proletariado se había apoderado de las fábricas y de la tierra, pero el Partido Socialista demostró una vez más que era incapaz de resolver el problema de la unidad de acción de los trabajadores industriales y los agrícolas. Este error permitió a la burguesía llevar a cabo la unidad contrarrevolucionaria y gracias a ella logró derrotar separadamente a los obreros de las fábricas y a los del campo. Como hemos podido ver, el Estado jugó un papel capital en la génesis del movimiento fascista.

Tras los ministros Nitti, Giolitti y Bonomi, llegó el gobierno de Facta. Este se dedicó a encubrir la completa libertad de acción de la que disfrutaba el fascismo en su avance territorial. En la época de la huelga de agosto de 1922 estallaron serias luchas entre los fascistas y los obreros, mientras el gobierno apoyaba abiertamente a los primeros. Podemos citar el ejemplo de Bari, donde a pesar de su gran despliegue de fuerzas los fascistas no lograron aplastar a los obreros, que levantaron barricadas en sus casas de la ciudad vieja y se defendieron con las armas durante más de una semana. Los camisas negras tuvieron que retirarse, dejando muchos de los suyos sobre el asfalto. ¿Y qué hizo el gobierno de Facta? Rodeó la ciudad de noche con miles de soldados, centenares de carabinieri y guardias reales y mandó sitiar la ciudad. Desde el puerto un torpedero bombardeó las casas; las ametralladoras, los carros y los fusiles entraron en acción. Sorprendidos en la cama, los obreros fueron derrotados y la Bolsa de Trabajo ocupada. El Estado actuó de la misma forma en todas partes. Allí donde el fascismo se veía obligado a batirse en retirada ante los obreros, el Estado intervenía disparando contra los obreros que se defendían, deteniendo y condenando a los obreros cuyo único delito había sido defenderse, mientras que los fascistas que cometían delitos de derecho común eran sistemáticamente absueltos.

El primer factor, como hemos dicho, es el Estado. El segundo es la gran burguesía. Los capitalistas industriales, bancarios, comerciales y los grandes propietarios de tierras, naturalmente, estaban interesados en fundar una organización de combate capaz de apoyar su ofensiva contra los trabajadores.

Pero el tercer factor no desempeñó un papel menos importante en la génesis del poder fascista. Para levantar junto al Estado una organización reaccionaria ilegal, había que alistar también a otros elementos, además de los procedentes de las capas superiores de la clase dominante. Y esto se logró recurriendo a las capas de las clases medias que ya hemos mencionado, a las que persuadieron para que defendieran sus intereses. Esto es lo que el fascismo ha tratado de hacer y lo que, reconozcámoslo, ha logrado. En las capas más próximas al proletariado, ha hallado partidarios entre aquellos a los que la guerra había dejado insatisfechos, entre la pequeña-burguesía, la semi-burguesía, los comerciantes y sobre todo entre los intelectuales de la juventud burguesa que, adhiriéndose al fascismo y luciendo su uniforme de lucha contra el proletariado, adquirirían la energía suficiente como para liberarse de las ataduras morales, cayendo en el patriotismo y el imperialismo más exaltado. Estos elementos proporcionaron al fascismo un considerable número de partidarios y le permitieron organizarse militarmente.

Estos son los tres factores que han permitido a nuestros enemigos hacernos frente con un movimiento de una brusquedad y brutalidad sin parangón, pero que, hay que reconocerlo, dispone de una sólida organización y de unos jefes políticamente muy hábiles. El Partido Socialista nunca llegó a comprender el significado y la importancia de este fascismo ascendente. *L'Avanti!* nunca entendió lo que la burguesía

---

<sup>2</sup> El movimiento de ocupación de fábricas alcanzó su máximo desarrollo en otoño de 1920.

preparaba, explotando hábilmente los errores de los jefes obreros. ¡Ni siquiera quería nombrar a Mussolini por miedo a darle publicidad y protagonismo!

Como vemos, el fascismo no representa una nueva doctrina política, pero en cambio dispone de una gran organización política y militar y una importante prensa que dirige con gran habilidad periodística y mucho eclecticismo.

No tiene ideas ni programa, pero ahora que ha llegado al poder y que se halla ante problemas concretos se verá obligado a dedicarse a organizar la economía italiana. En este paso de una labor negativa a una positiva revelará su debilidad, a pesar de su capacidad organizativa.

## **EL PROGRAMA FASCISTA**

Después de haber tratado los factores históricos y la realidad social que han engendrado el fascismo, debemos ocuparnos de la ideología que adopta y del programa gracias al cual se ha asegurado la adhesión de sus seguidores.

Nuestra crítica nos lleva a concluir que, en el plano ideológico, el fascismo no aporta nada nuevo al programa burgués tradicional. Su superioridad y su característica distintiva residen en su organización, su disciplina y su jerarquía. Pero al margen de estos aspectos militares excepcionales, se ven envuelto en una situación plagada de dificultades de la que es incapaz de salir al paso. La crisis económica renovará continuamente las causas para el asalto revolucionario, mientras que el fascismo será incapaz de reorganizar la sociedad burguesa. El fascismo, que no sabrá cómo superar la anarquía económica del sistema capitalista, tiene una tarea histórica que podríamos decir que consiste en luchar contra la anarquía política, es decir, la anarquía de la organización de la clase burguesa en partido político. Tradicionalmente las diferentes capas de la burguesía italiana han formado grupos sólidamente organizados que combatían entre sí debido a que sus intereses particulares y locales estaban enfrentados. Agrupados bajo la dirección de los políticos profesionales, estos se entregaban a todo tipo de maniobras en los pasillos del parlamento. La ofensiva contrarrevolucionaria obligó a las fuerzas de la clase dominante a unirse en la lucha social y en la política gubernamental. El fascismo responde a esta necesidad de clase. Situándose por encima de los partidos burgueses tradicionales, el fascismo les priva poco a poco de contenido, les reemplaza en su actividad y, gracias a los errores y los fracasos del movimiento proletario, explota para sus propios fines el poder político y el material humano de las clases medias. En cambio, nunca logrará darse una ideología concreta y un programa de reformas sociales y administrativas que supere los límites de la política burguesa tradicional, que ya ha fracasado mil veces.

La parte crítica de la supuesta ideología fascista carece de valor. Está cubierta de un barniz anti-socialista y al mismo tiempo anti-democrático. En lo que respecta al anti-socialismo, está claro que el fascismo es un movimiento anti-proletario, por lo que es natural que se declare adversario de todas las formas económicas socialistas o semi-socialistas, aunque, por otra parte, no aporta nada nuevo para mantener el sistema de propiedad privada, al margen de los lugares comunes sobre el fracaso del comunismo en Rusia. En cuanto a la democracia, según ellos, como no ha sabido combatir las tendencias revolucionarias y antisociales, debería ceder su puesto a un Estado fascista. Pero esta no es más que una frase vacía.

El fascismo no es una tendencia de la derecha burguesa que se apoya en la aristocracia, el clero, los altos funcionarios civiles y militares y que pretenda reemplazar la democracia del gobierno burgués y la monarquía constitucional por una monarquía autoritaria. El fascismo encarna la lucha contrarrevolucionaria de todos los elementos burgueses unidos; por ello no necesita ni le es indispensable sustituir las instituciones democráticas por otras. Para marxistas como nosotros esto no es ninguna paradoja, pues sabemos que el sistema democrático no representa nada más que un puñado de falsas garantías detrás de las cuales se oculta la lucha real de la clase dominante contra el proletariado.

El fascismo fusiona la violencia reaccionaria y la astucia demagógica; por lo demás, la izquierda burguesa siempre ha engañado al proletariado, poniendo en evidencia la superioridad de los grandes intereses capitalistas sobre todas las exigencias sociales y políticas de las clases medias. Cuando los fascistas pasan, de una pretendida crítica a la democracia burguesa, a formular una doctrina positiva y se ponen a predicar un exagerado patriotismo y a discurrir sobre la misión histórica del pueblo italiano, no hacen más que divagar sobre un mito histórico que, a la luz de la crítica social, carece de fundamentos, siendo Italia el país de las falsas victorias. En cuanto a la influencia del fascismo sobre las masas, proviene de su imitación de la clásica actitud de la democracia burguesa cuando ésta afirma que todos los intereses deben subordinarse al superior interés nacional. Pregonan el principio de la colaboración entre todas las clases, mientras en la práctica lo que hacen es defender simplemente las instituciones burguesas frente a los intentos de emancipación revolucionaria del proletariado. Eso es lo que siempre ha hecho la democracia liberal.

La novedad del fascismo reside en su organización como partido gubernamental de la burguesía. Los acontecimientos políticos que se produjeron en la arena parlamentaria italiana daban la impresión de que el aparato estatal burgués había caído en tal crisis que bastaba un empujón para derribarlo. En realidad, se trataba únicamente de una crisis en los métodos burgueses de gobierno, fruto de la impotencia de los grupos dirigentes tradicionales de la política italiana para dirigir la lucha contra los revolucionarios en el transcurso de una profunda crisis. El fascismo creó, pues, un órgano capaz de garantizar el papel dominante del aparato estatal. Pero cuando, junto a su lucha práctica contra los proletarios, los fascistas exponían un programa positivo y concreto de organización social y de administración del Estado, se limitaban a repetir las banales tesis de la democracia y la socialdemocracia: nunca crearán un sistema orgánico de propuestas y proyectos que puedan considerar como propios. Por ejemplo, siempre han defendido que el programa fascista se proponía reducir el aparato burocrático en todos los dominios de la administración, empezando por los ministros. Es cierto que Mussolini ha renunciado al vagón especial de primer ministro, pero en cambio ha aumentado el número de ministros y de subsecretarios para poder colocar a sus pretorianos.

De la misma manera, después de haber adoptado respecto a la monarquía actitudes republicanas, o al menos ambiguas, el fascismo se ha decantado por la lealtad al rey, y tras haber armado tanto escándalo contra la corrupción parlamentaria, ha caído de lleno en la práctica parlamentaria.

Dejando campo abierto a la acción sindical, el fascismo muestra su escasa inclinación por adueñarse de las tendencias de la pura reacción. En el Congreso de Roma de 1921, en el que el fascismo hizo esfuerzos casi bufonescos por establecer su doctrina, se intentó definir el sindicalismo fascista como un movimiento sindical en el que predominaban las categorías de trabajadores intelectuales. Pero esta definición supuestamente teórica ha sido luego desmentida por la cruda realidad. El fascismo, que ha fundado organizaciones sindicales por la fuerza y gracias a que los empresarios le habían cedido el monopolio en las cuestiones laborales para demoler las organizaciones rojas, ni siquiera ha logrado extender su influencia a las categorías de trabajadores técnicamente más especializados; sólo ha tenido éxito entre los trabajadores agrícolas y algunas categorías de obreros urbanos cualificados, por ejemplo entre los estibadores, pero no ha logrado conquistar a la parte más desarrollada e inteligente del proletariado. Tampoco ha dado un nuevo impulso, en el terreno sindical, al movimiento de los oficinistas y los artesanos. El sindicalismo fascista no se basa en ninguna doctrina seria. La ideología y el programa del fascismo contienen una turbia mezcla de ideas y reivindicaciones burguesas y pequeño-burguesas, y el empleo sistemático de la violencia contra el proletariado no le impide beber de las fuentes del oportunismo socialdemócrata. El hecho de que los reformistas italianos se hayan puesto a remolque del fascismo tras su victoria, tras haber practicado durante un tiempo una política aparentemente antifascista y haber pensado en formar un gobierno de coalición burgués-proletario contra los fascistas, demuestra nuestras afirmaciones. Este acercamiento no tiene nada de paradójico; deriva de una serie de circunstancias y muchos elementos permitían preverlo, entre otros el movimiento D'Annunzio que, por una parte, está ligado al fascismo, mientras que por otra ha intentado acercarse a las organizaciones proletarias sobre un programa sacado de las constituciones de Fiume, que tenía pretensiones proletarias e incluso socialistas.



Aún quedan otros puntos sobre el fascismo que considero que sería importante explicar, pero no tengo tiempo para ello. Otros camaradas italianos podrán completar mi discurso. He dejado de lado voluntariamente el aspecto sentimental de la cuestión y los sufrimientos por los que han pasado los obreros y los comunistas italianos, pues creo que este no es el aspecto esencial de la cuestión.

## **LOS ÚLTIMOS ACONTECIMIENTOS DE ITALIA**

Debo hablar ahora de los últimos acontecimientos que han sobrevenido en Italia, sobre los cuales este Congreso espera información precisa. Nuestra delegación salió de Italia antes de que se produjeran y no ha sido informada sino muy recientemente, después de que llegara un delegado de nuestro C.C. y nos relatara los acontecimientos, cuya exactitud os garantizo. Contaré las noticias que nos han traído.

Como ya os he dicho, el gobierno Facta había dejado a los fascistas completa libertad para aplicar su política. Solo daré un ejemplo. El hecho de que el Partido Popular, que es campesino y católico, haya tenido una fuerte representación en los sucesivos ministerios, no ha impedido que los fascistas continuaran su lucha contra las organizaciones, los miembros y las instituciones de este partido. El gobierno no era más que la sombra de sí mismo y su única actividad consistía en apoyar la ofensiva fascista hacia el poder, ofensiva que hemos definido geográfica y territorialmente. En realidad el gobierno preparaba el terreno para el golpe de Estado fascista. Entre tanto, la situación se precipitó. Se abrió una nueva crisis ministerial. Se exigió la dimisión de Facta. Las últimas elecciones habían repartido los escaños del parlamento de tal forma que era imposible asegurar una mayoría estable sobre la base del viejo sistema de los partidos burgueses tradicionales. En Italia se decía que “el poderoso partido liberal” estaba en el poder. En realidad este no era un partido en el propio sentido de la palabra; nunca tuvo una organización digna de ese nombre y no era más que una mezcla de camarillas personales de políticos del norte y del sur y de grupos de industriales o de propietarios de tierras manejados por políticos profesionales. El conjunto de estos parlamentarios formaba el núcleo de todas las combinaciones ministeriales. Y llegó el momento en el que el fascismo debía terminar con esta situación, si no quería caer en una grave crisis interna. Para él también era una cuestión práctica: tenía que satisfacer las exigencias del movimiento fascista y costear los gastos organizativos. La clase dominante ya había adelantado en gran medida los medios materiales necesarios, y según parece algunos gobiernos extranjeros habían hecho lo propio. Francia financió el grupo de Mussolini. En una sesión secreta del gobierno francés se discutió un balance que incluía las enormes sumas que se habían entregado a Mussolini en 1915. El Partido Socialista supo de estos documentos y de algunos otros, pero no los difundió porque creía que Mussolini era un hombre acabado. Por otra parte, el gobierno italiano siempre facilitó la tarea a los fascistas. Por ejemplo, bandas enteras de camisetas negras viajaban gratuitamente en ferrocarril. Pero dados los enormes gastos del movimiento fascista, la situación financiera se habría vuelto crítica si no se hubieran decidido a tomar directamente el poder. No podía esperar a las siguientes elecciones, aunque su triunfo en éstas era seguro.

Los fascistas tienen una potente organización política. Cuentan ya con trescientos mil hombres, según ellos más. Podrían haber triunfado incluso con métodos democráticos. Pero había que darse prisa y lo han hecho. El Consejo Nacional Fascista se reunió en Nápoles el 24 de octubre. Hoy podemos decir que este acontecimiento, al que tanta publicidad ha dado la prensa burguesa, no era más que una maniobra para distraer la atención del golpe de Estado. En un momento dado, se dijo a los congresistas: terminemos los debates, hay cosas mejores que hacer; todos a sus puestos. Entonces comenzó la movilización fascista. Eso fue el 26 de octubre. En la capital aún reinaba la calma. Facta declaró que no dimitiría antes de haber reunido una vez más a su gabinete, para seguir el procedimiento habitual, lo que no le impidió presentar su dimisión al rey. Comenzaron las negociaciones para formar un nuevo gobierno. Los fascistas se pusieron en marcha hacia Roma, centro neurálgico de su actividad (los fascistas son especialmente activos en el centro de Italia, especialmente en la Toscana). Les dejaron vía libre.

Encargado en principio de formar el nuevo gobierno, Salandra renunció tras ver la actitud de los fascistas. Probablemente, si no hubieran aceptado las exigencias de Mussolini, encargándole la formación de un nuevo gobierno, los fascistas se habrían comportado como bandidos, incluso en contra de la voluntad de

sus jefes, y habrían saqueado y destruido las ciudades y el campo. La opinión pública empezó a mostrar signos de inquietud. El gobierno Facta proclamó el estado de sitio. En efecto, se proclamó durante todo un día, mientras la opinión pública esperaba un choque entre el poder del Estado y las fuerzas fascistas. A este respecto, nuestros camaradas son extremadamente escépticos. De hecho, los fascistas no han encontrado en su travesía ninguna resistencia seria. Sin embargo, en ciertos medios del ejército no era visto con buenos ojos; los soldados estaban dispuestos a batirse contra ellos, pero la mayoría de los oficiales simpatizaban con los fascistas.

El rey se negó a firmar el decreto de estado de sitio. Eso significaba aceptar las condiciones de los fascistas, que habían escrito en el *Popolo d'Italia*: si quieren una solución legal, basta con que encarguen a Mussolini la formación del nuevo gobierno; en caso contrario, marcharemos sobre Roma y no apoderaremos de ella.

Algunas horas después de la abrogación del estado de sitio se supo que Mussolini salía hacia Roma. Se había preparado una defensa militar y las tropas estaban ya reunidas, pero ya se había llegado a un acuerdo, y el 31 de octubre los fascistas entraron en la capital sin hacer ningún disparo.

Mussolini ha formado el nuevo gobierno, que ya sabemos quién lo compone. El Partido Fascista, que no contaba más que con 35 escaños en el parlamento, logra un gobierno de mayoría absoluta. Mussolini no sólo se hace con la presidencia del consejo, sino también con las carteras de Interior y de Asuntos Exteriores. El resto de ministerios importantes están en manos de los fascistas. Pero como no han llegado a romper completamente con los partidos tradicionales, el gobierno incluye dos representantes de la democracia social, es decir, de la izquierda burguesa, así como liberales de derecha y un partidario de Giolitti. La tendencia monárquica está representada por el general Díaz en el ministerio de Guerra y el almirante Thoon di Revel en el ministerio de la Marina. El Partido Popular, que tenía mucho peso en las Cortes, se ha mostrado dispuesto a llegar a acuerdos con Mussolini. Con el pretexto de que los órganos oficiales del partido no podían reunirse en Roma, la responsabilidad de aceptar las propuestas de Mussolini recayó en algunos parlamentarios, reunidos oficiosamente. Sin embargo, han logrado arrancar algunas concesiones a Mussolini y la prensa del Partido Popular declara que con el nuevo gobierno la representación electoral del pueblo no cambia gran cosa.

El compromiso afecta incluso a los socialdemócratas: por un momento pareció que el reformista Boldesi iba a participar en el gobierno. Mussolini tuvo la habilidad de sondearle a través de uno de sus lugartenientes, y Boldesi contestó que estaría encantado de aceptar ese puesto. Entonces fue cuando Mussolini hizo público que había sido él quien había iniciado las negociaciones a través de uno de sus amigos, y Boldesi terminó rechazando su entrada en el nuevo gobierno. Si Mussolini no ha ofrecido a ningún representante de la C.G.T. entrar en el gobierno es porque los elementos de derecha de su gabinete se oponen a ello. Pero si por él fuera, daría un papel a esta organización en la "gran coalición nacional", ahora que la C.G.T. se ha hecho independiente de todo partido revolucionario.

Todos estos sucesos revelan un compromiso entre las tradicionales camarillas políticas y las diversas capas de la clase dominante –industriales, banqueros, propietarios de tierras–, todos bien dispuestos con el nuevo régimen, instaurado gracias al apoyo de la pequeña-burguesía al movimiento fascista.

En nuestra opinión, el fascismo es una forma de reforzar el poder con todos los medios de los que dispone la clase dominante, sacando provecho a las lecciones de la primera revolución proletaria victoriosa, la revolución rusa. Ante a una grave crisis económica, el Estado no da de sí para defender el poder de la burguesía. Necesita un partido unitario, una organización contrarrevolucionaria centralizada. En cierto sentido, la relación del partido fascista con el conjunto de la clase burguesa es análoga a la del Partido Comunista Ruso con el proletariado, es decir, un órgano de dirección y control bien organizado y disciplinado entono al aparato del Estado. En Italia, el Partido Fascista ha ocupado casi todos los puestos importantes del aparato estatal: es el órgano burgués que dirige el Estado en la época de descomposición del imperialismo. Esta es, para mí, una adecuada explicación histórica del fascismo y de los últimos acontecimientos en Italia.

Las primeras medidas del nuevo gobierno demuestran que no tratan de modificar la base institucional tradicional. Naturalmente, no pretendo afirmar con esto que la situación sea favorable para el movimiento proletario y comunista, pero creo que el fascismo será liberal y democrático. Los gobiernos democráticos nunca han dado nada al proletariado excepto proclamas y promesas. Por ejemplo, el gobierno de Mussolini ha garantizado que respetará la libertad de prensa. Pero no se ha olvidado de añadir que la prensa deberá mostrarse digna de tal libertad. ¿Qué significa esto? Que el gobierno promete la libertad de prensa, pero dejará a las organizaciones militares fascistas vía libre para amordazar a la prensa comunista cuando les apetezca, como ha sucedido ya en ciertos casos. Por otra parte, hay que reconocer que si bien el gobierno fascista hace algunas concesiones a los liberales burgueses, no hay que dar mucho crédito a su promesa de transformar las organizaciones militares en asociaciones deportivas o algo por el estilo (sabemos que docenas de fascistas han sido arrestados por oponerse a las órdenes de desmovilización que ha lanzado Mussolini).

¿Cómo influyen todos estos hechos en el proletariado? Este no ha jugado un papel importante en la lucha y se ha visto obligado a comportarse de manera casi pasiva. En cuanto al Partido Comunista, siempre ha sabido que la victoria del fascismo era una derrota del movimiento revolucionario. El problema consiste en saber si la táctica del P.C. ha permitido obtener los máximos resultados en la defensa del proletariado italiano. Y si hablamos de defensa, es porque jamás hemos pensado que el proletariado esté en condiciones de lanzar una ofensiva contra la reacción fascista. Si en lugar de un compromiso entre la burguesía y el fascismo hubiese un conflicto armado, habría estallado una guerra civil entre ellos, y quizá el proletariado hubiera jugado en ella un papel, creando un frente único por la huelga general y logrando el triunfo; pero la situación es la que es: el proletariado no ha participado en la acción. Sea cual sea la importancia de los acontecimientos en curso, no hay que olvidar que el cambio político ha sido menos brusco de lo que pueda parecer en realidad, pues ya antes de su ofensiva final la situación era cada vez más favorable para los fascistas. En Cremona, la lucha contra el poder del Estado y contra el fascismo provocó seis muertos. El proletariado sólo ha combatido en Roma, donde las tropas obreras revolucionarias se enfrentaron a grupos fascistas armados y hubo varios heridos. Al día siguiente la Guardia Real ocupó el barrio obrero, privándole de todo medio de defensa mientras los fascistas que acudían disparaban a sangre fría sobre los obreros. Es el incidente más sangriento que se ha producido durante las recientes luchas.

Cuando el P.C. propuso la huelga general, la C.G.T. la desarmó, incitando al proletariado a que no siguiera las peligrosas exhortaciones de los revolucionarios, e hizo correr el rumor de que el P.C. se había disuelto justo en el momento en el que a éste le era imposible desmentirlo, pues no podía publicar su prensa.

En Roma, el acontecimiento más grave para el partido fue la ocupación de la sede de la redacción de *Il Comunista*. La tipografía fue ocupada el 31 de octubre justo cuando el periódico iba a repartirse y 100.000 fascistas tenían la ciudad en estado de sitio. Todos los redactores lograron ponerse a salvo, abandonando el inmueble por las puertas traseras, excepto el redactor en jefe, el camarada Togliatti, que se quedó en su despacho. Los fascistas le detuvieron. Declaró con orgullo que era el redactor-jefe de *Il Comunista*, y ya le iban a poner contra el muro para ejecutarle, mientras los fascistas rechazaban a la multitud, cuando corrió la voz de que el resto de redactores se había escapado por el tejado; los agresores se pusieron a perseguirlos y gracias a esta circunstancia Togliatti permanece con vida. Esto no ha impedido a nuestro camarada dar un discurso en Turín unos días más tarde, en conmemoración del aniversario de la revolución rusa.

Pero se trata de un caso aislado. La organización de nuestro partido está en bastante buen estado. Si *Il Comunista* no sale al público no es por la prohibición gubernamental, sino porque la imprenta se niega a publicarlo. Lo llevaremos a una imprenta ilegal. Las dificultades que atraviesa la publicación son más de orden financiero que técnico.

En Turín, la sede de *L'Ordine Nuovo* ha sido ocupada y las armas que allí había confiscadas. Pero el diario se sigue publicando. En Trieste, la policía ha invadido la imprenta de *Il Lavoratore*, que ahora también se publica ilegalmente. Nuestro partido aún puede trabajar públicamente y nuestra situación no tiene nada

de trágica. Pero no sabemos qué giro tomaran los acontecimientos, y estoy obligado a expresar mis reservas sobre la situación y el trabajo del partido en el futuro. El camarada que acaba de llegar de Italia es el dirigente de una importante organización local del partido, y su opinión, compartida por otros militantes, es que a partir de ahora podremos trabajar mejor que en el pasado. No quiero decir que esta sea una verdad definitiva, pero el camarada que la expresa en un militante que trabaja realmente en contacto con las masas, y su opinión es de gran importancia.

Ya os he comentado que la prensa adversaria ha difundido la falsa noticia de que nuestro partido se ha disuelto. Ya hemos publicado un desmentido y restablecido la verdad. Nuestros órganos políticos centrales, nuestro centro militar clandestino y nuestra central sindical están en plena actividad, y los contactos con las provincias han sido restablecidos en casi todas partes. Los camaradas que permanecen en Italia nunca han perdido la cabeza y hacen todo lo necesario. En lo que respecta a los socialistas, la sede de *Avanti!* ha sido destruida por los fascistas y el diario tardará un tiempo en aparecer de nuevo. La sede del Partido Socialista en Roma también ha sido destruida y sus archivos incendiados. En lo que respecta a la posición de los maximalistas en la polémica entre el P.C. y la C.G.T., no disponemos ni de manifiesto ni de declaración. En cuanto a los reformistas, deducimos por su prensa (que sigue apareciendo) que se colocan claramente detrás del nuevo gobierno.

En lo que respecta a la situación sindical, el camarada Repossì, miembro del nuevo Comité Sindical, cree que el trabajo podrá continuar. Esta es la información que hemos recibido, que data del 6 de noviembre.

Mi discurso ya ha sido bastante largo, y no abordaré la cuestión de la posición que ha adoptado nuestro partido durante todo el periodo de desarrollo del fascismo, me reservo esto para otros puntos del orden del día. Me gustaría plantear únicamente la cuestión de las perspectivas futuras. Hemos sostenido que el fascismo deberá hacer frente al descontento provocado por la política del gobierno. Pero sabemos demasiado bien que cuando se dispone no sólo del Estado, sino de una organización militar, es más fácil callar el descontento y adueñarse de la situación, aunque sea económicamente desfavorable. Y esto es mucho más cierto durante el periodo de la dictadura del proletariado, a la que nos conduce el desarrollo histórico.

Pero no hay duda de que los fascistas están muy bien organizados y que tienen objetivos precisos, y en estas condiciones podemos vislumbrar que la posición del fascismo no será nada precaria.

Como habéis visto, no trato de exagerar las condiciones en las que se ve obligado a luchar nuestro partido, pues no queremos plantearlo como una cuestión sentimental. El P.C. de Italia quizá ha cometido errores, se le puede criticar, pero creo que la actitud de los camaradas en el momento actual demuestra que hemos hecho un buen trabajo, un trabajo de formación del partido revolucionario del proletariado, que es la base para el asalto de la clase obrera italiana.

Los comunistas italianos tienen derecho a ser reconocidos como lo que son, e incluso si su actitud no ha sido siempre la adecuada, no tienen nada que reprocharse ni ante la Revolución ni ante la Internacional Comunista.